

## Capítulo 152

Claramente, Alon desconocía quiénes eran los apóstoles.

Nunca se había encontrado con un apóstol mientras jugaba a «Psychedelia», y la historia del juego no mencionaba a los apóstoles de los cinco pecados capitales.

Sin embargo, había una cosa que Alon había llegado a comprender con total claridad sobre este «Apóstol»:

¡Boom!

Eran fuertes.

Miró al frente.

Sobre las ruinas de lo que una vez había sido el imponente edificio del Gremio Seolrang, destellos de rayos amarillos brillantes y oscuros chocaban a velocidades que sus ojos no podían seguir.

Y entonces...

—¡Ay!

Seolrang estaba siendo empujado hacia atrás.

¡Crash!

Con una explosión ensordecedora, Seolrang salió disparado y el puño del apóstol se adelantó para asestar otro golpe.

Alon reaccionó de inmediato.

Atrapó a Seolrang cuando se estrelló contra el suelo y desplegó un escudo.

Pero eso no fue todo.

«Mejorar, fijar».

Con un refuerzo mágico activado por un encantamiento y un lanzamiento en capas, tres escudos superpuestos se materializaron precisamente donde se dirigía el puño del Apóstol.

Sin embargo...

¡Crack!

Los escudos se hicieron añicos como si fueran de cristal.

Como si no fueran nada, como si fueran completamente insignificantes y ridículos.

Sin embargo, en ese breve instante, Alon había logrado sacar a Seolrang del alcance del Apóstol.



«¿Oh? ¿Un mago?».

El apóstol Seolgak se detuvo en seco, intrigado, sin mostrar intención alguna de seguir adelante.

Alon miró a Seolrang.

Su mirada se estaba volviendo borrosa.

No era la mirada confusa y presa del pánico que había mostrado mientras luchaba antes.

No, esto era algo peor.

Algo que se estaba muriendo.

Y en ese momento...

«Te has vuelto muy fuerte, hermanita. Estoy impresionado. ¿Quién hubiera pensado que la más débil de nuestra tribu podría llegar a ser tan poderosa?».

Seolgak habló con la misma sonrisa de antes.

Seolrang no respondió.

Simplemente se limitó a mirar a su hermano con ojos temblorosos, con una expresión mucho más sombría que antes.



Alon se dio cuenta de que algo iba muy mal.

¿La fuerza del apóstol?

Eso era sin duda un problema.

Pero el verdadero problema era la propia Seolrang.

Ella valoraba la familia por encima de todo.

Quizás incluso más que su propio bienestar.

Tenía un abrumador sentido de pertenencia a la categoría de la sangre y los parientes.

Para ella, la familia era: sagrada. No negociable. Algo que había que proteger a toda costa.

Y ahora, ante ella se encontraba el único pariente consanguíneo que creía muerto hacía mucho tiempo: la misma persona que acababa de destruir todo lo que ella apreciaba.

Antes de que pudiera siquiera reaccionar.

Total y completamente.

Alon echó un vistazo a los restos.



Todo lo que vio fueron cadáveres.

Los miembros caídos de la tribu Golden Mane: el intento de Seolrang de construir una nueva familia.

«Esto no es bueno».

Su mirada se desplazó de nuevo hacia Seolgak.

El Apóstol del Orgullo, su hermano, había estado observando todo con tranquilidad, sin hacer ningún movimiento para intervenir desde el ataque inicial de Seolrang.

«No».

No se limitaba a mirar.

Estaba «esperando».

Esperando a que la mente de Seolrang se quebrantara.

Alon frunció profundamente el ceño.

«¿Qué debo hacer?».

No tenía ni idea de por qué el hermano de Seolrang se había vuelto así.

Pero una cosa estaba clara:



«Esto tiene que acabar».

Aun así, había dos razones por las que Alon dudaba en actuar precipitadamente:

Aún no había comprendido del todo las habilidades de Seolgak,

y...

No estaba preparado.

Los preparativos que había estado haciendo desde la llegada de Seolgak no estaban completos.

Pero el tiempo no estaba de su parte.

No sabía hasta dónde llegaría Seolgak para provocar a Seolrang...

ni cuánto tiempo podría aguantarlo Seolrang.

Al fin y al cabo, Seolrang era la prioridad.

Alon observó en silencio su palidez.

No se trataba solo de que se estuviera convirtiendo en algo corrupto... Se estaba deteriorando rápidamente.



Sin demora, Alon comenzó a lanzar un hechizo.

«Eso no puede ser».

«¡»

¡Boom!

En un abrir y cerrar de ojos, un rayo negro, más rápido que el pensamiento, lo derribó.

«¡Maestro!».

Seolrang intentó contraatacar con un puñetazo hacia Seolgak...

Pero...

—¡Urgh...!

Su puño nunca llegó a alcanzarlo.

Luchó desesperadamente por liberarse del agarre de Seolgak.

Pero...

«Hermana, deja de malgastar tu energía. Por mucho que lo intentes, no podrás escapar de mis garras. Y no te preocupes, tu mago no está muerto».



La sonrisa de Seolgak no se desvaneció, su tono era casi divertido.

«Aun así, es fascinante. La hermana que recuerdo estaría sollozando a estas alturas. Mmm. Quizás la edad te ha hecho más digna».

Él se rió entre dientes.

«No es que sea una mejora».

«... ¿Te has aliado con ellos?».

La expresión sombría de Seolrang rompió el breve silencio.

La sonrisa de Seolgak se amplió.

«¿Aliada? ¿Con quién?».

«¡Con esas «cosas negras» que destruyeron nuestra aldea!».

«¿Y por qué piensas eso?».

«¡Porque puedo «oler» el hedor de ese bastardo en tí!».

Seolgak se miró a sí mismo.

«¿Oh? Ahh...».



Él dejó escapar un sonido exagerado de comprensión y luego se rió suavemente.

«Ciento. Lo había olvidado, todavía tengo la maldición de entonces».

«¿Maldición...?»

«Sí. Gracias por recordármelo, hermanita.

Ahora no tendrá que molestarme en hacerlo por las malas».

La sonrisa de Seolgak se volvió pícara, pero sus ojos brillaban con malicia.

Entonces, con un movimiento rápido, un rayo negro se disparó hacia la cabeza de Seolrang.

«¡Gah!».

El dolor se intensificó, agudo y repentino.

«Hermana, déjame contarte algo interesante».

La miró fijamente a los ojos.

«El que masacró a nuestro pueblo no fue «él»...».



Antes de que Seolgak pudiera terminar...

¡BOOM!

Seolrang lo vio.

Seolgak salió disparado y su cuerpo se estrelló contra las ruinas.

Sintió un par de manos cubriendole suavemente los oídos.

«No escuches».

Una voz familiar.

«No escuches, Seolrang».

Una voz muy familiar.

Seolrang levantó la vista.

Allí estaba él.

No con su habitual rostro indiferente.

Sino con una expresión llena de preocupación...

Alon.



Sus ojos se abrieron con sorpresa.

\*\*\*

Alon, tras haber expulsado a Seolgak, frunció ligeramente el ceño.

En el momento del impacto, había minimizado el daño utilizando escudos y magia del viento en tandem, creando una defensa reactiva.

Mientras tanto, había estado lanzando silenciosamente otro hechizo sin que Seolgak se diera cuenta.

Normalmente, esto habría sido imposible, pero gracias a uno de los nuevos sigilos que había desarrollado en sus recientes investigaciones, era factible.

Este sigilo reducía el poder de su magia, pero ocultaba su presencia a los demás.

Así, Alon lanzó con éxito un hechizo oculto para hacer retroceder a Seolgak.

Sin embargo...

«Vaya, eso es fascinante. No percibí nada de magia. ¿Cómo lo lograste?».

No logró herirlo.

«¿Y qué sentido tiene taparle los oídos así? Ya lo ha «recordado» todo».



Ante las palabras de Seolgak, Alon suspiró suavemente.

Mientras lanzaba su hechizo en secreto, no le costó nada deducir lo que Seolgak intentaba revelarle.

Comprendió el daño psicológico que sufriría Seolrang si la verdad que Seolgak había preparado llegaba a sus oídos.

Solo había una cosa que Seolgak quería decirle.

«¿Y bien? ¿Ya te acuerdas, hermanita? ¡El hecho de que fue «tu hermano» quien mató a los aldeanos y a nuestra familia...!»

Una sonrisa burlona desprovista de cualquier remordimiento.

Las palabras eran exactamente las que Alon esperaba, hasta en la misma formulación.

Aprieta los puños...

Alon presionó sus manos con más fuerza contra las orejas de Seolrang.

Sabía que ella ya había oído la verdad.

Por mucho que le tapara los oídos, las palabras habían llegado hasta ella.



Había visto a Seolgak lanzar un rayo negro contra Seolrang justo antes, levantando el sello mágico que cubría sus recuerdos, algo que ni siquiera Alon había percibido del todo.

Aun así, no retiró las manos de sus oídos.

Era inútil.

Pero, aun sabiéndolo, sus manos no se movían.

... Porque Alon entendía lo mucho que significaba para ella el concepto de «familia».

«Te diré algo divertido, Seolrang. Matar a los de tu propia especie es bastante emocionante. Ver a esos débiles, podridos de paz, llorar y suplicar por sus vidas... es eufórico».

«¿Te acuerdas de Paun, el vecino? ¿Ese mocoso travieso con el que solías jugar? Lloraba y suplicaba por su vida. Lo destrocé, sujetándole la cabeza y las piernas».

«¿Y Yuseon, el hijo del herrero? ¿Te acuerdas de él? Tu mejor amigo, que adoraba a sus padres. Yo mismo maté a sus padres delante de él y le saqué los ojos antes de que muriera».

Las palabras de Seolgak eran implacables, como cuchillas, destinadas a llevar la mente de Seolrang al límite.

Verdades crueles e inevitables.



«¿Cómo te sientes, hermanita? ¿Al ver por fin la verdad que te ha tenido ciega todo este tiempo?».

Cuando Seolgak finalmente terminó su relato, Seolrang, que había mantenido la cabeza gacha hasta ese momento...

levantó lentamente la mirada.

Y...

Tanto Alon como Seolgak se quedaron con la cara en blanco.

Como si el tiempo se hubiera detenido.

Frente a ellos estaba Seolrang.

Su expresión...

«¿Y qué?».

Estaba increíblemente tranquilo.

\*\*\*

«¿Qué... es esto?»

Seolgak no podía entenderlo.

No, se «negaba» a entenderlo.

La reacción de Seolrang estaba completamente fuera de sus expectativas.

La miró fijamente y se levantó con indiferencia después de apartar la mano del marqués Palatio.

No era así como se suponía que debía suceder.

Se suponía que ella iba a perder la cabeza, consumida por el odio, dirigiendo toda su ira hacia él.

Al final, estaba destinada a matar al mago al que amaba y despertar como el «Pecado del Orgullo».

Mantenerla con vida había sido parte de su plan.

El sello de memoria que le había colocado también formaba parte de ese acuerdo.

Incapaz de comprenderlo, Seolgak se detuvo brevemente y luego esbozó una sonrisa burlona.

«... Ya no tienes que fingir más. Antes no pudiste ocultar tus emociones, ¿creeas que tiene sentido hacerlo ahora, hermanita?».

Él intentó provocarla deliberadamente.



Pero Seolrang ladeó ligeramente la cabeza, como si estuviera confundida.

«¿De qué estás hablando? Nunca he ocultado mis emociones».

«... ¿Qué?».

«¿Por qué tendría que ocultar mis sentimientos?»

preguntó con sinceridad, como si realmente no lo entendiera.

«... Hace un momento, tus ojos estaban llenos de confusión...».

Intentando irritarla de nuevo, Seolgak dejó la frase en el aire.

Seolrang se encogió de hombros con indiferencia.

«Por supuesto que sí. No pude proteger a mi maestro».

«¿Qué?».

«Hermano, eres fuerte. Me di cuenta de eso después de enfrentarme a ti. Por eso tenía miedo: me encontraba en una situación en la que no podía proteger a mi maestro».

«¿Eso es todo?».

«Sí».



Ella volvió a inclinar la cabeza.

«¿Qué más podría haberme afectado?».

«¿Qué?»

«¿De verdad esperabas que tu pequeño juego me destrozara emocionalmente?»

Seolgak frunció el ceño.

«... Te has vuelto cínica, hermanita».

«En absoluto, hermano. Sigo queriendo a mi familia. Paun, Yuseon y todos los que has mencionado son recuerdos muy valiosos para mí. Pero si dejo que emociones como esas me influyan...».

Influir...

«No podría proteger a la única persona que me queda».

«Y, hermano, creo que te equivocas en algo».

En lugar de una leve sonrisa...

sus ojos se volvieron fríos.



«Ya estoy enojada».

Su mirada se agudizó.

«Porque intentaste matar a mi amo».

El silencio se instaló entre ellos.

Entonces...

«¡Ja... Jajaja!».

Seolgak estalló en carcajadas, con el rostro contorsionado por la incredulidad.

«¡Muy bien! Así que te has vuelto bastante lista en los últimos diez años, ¿eh? Lo admito, hermanita, te subestimé. ¡No pensé que crecerías tanto! Pero aún así...».

¡Crackle!

«No eres más fuerte que yo».

Un rayo negro se disparó hacia Seolrang.

¡Crack!

Su puño siguió el movimiento.

Seolrang se movió.

Pero esta vez fue más rápida, adaptándose a la velocidad de Seolgak.

Un tenue rayo dorado comenzó a formarse alrededor de sus manos.

La sonrisa de Seolgak se crispó.

Era un fenómeno que nunca había visto antes, amenazante y desconocido.

Sin embargo, no perdió la sonrisa.

Aunque sorprendido, supuso que ella aún no podía controlar ese poder adecuadamente.

Seolgak pensó para sí mismo: «La derribaré y luego mataré a ese mago delante de sus ojos».

Una sonrisa maliciosa se dibujó en su rostro.

Su futuro parecía seguro: su hermana destrozada y utilizar su cuerpo como recipiente para invocar a quien lo tenía todo: «Su Señor».

Sin embargo...

iClink!



La visión de Seolgak se hizo añicos.

«1».

Miró al frente con incredulidad.

Una pared transparente se alzaba frente a él, fracturándose bajo su puño.

Las distorsiones reflejadas se extendieron, retorciendo la realidad en innumerables planos geométricos.

Era obra del mago.

En el momento en que Seolgak se dio cuenta...

«Seolrang, mantén la calma. Y recuerda: ya has alcanzado la siguiente etapa. Así que...».

Una voz tranquila.

«Solo cree en ti mismo».

Lo dijo el mago.

«Y nunca olvides...».

«Acepta el rayo».

En el instante siguiente...

«Ah...».

Seolgak lo vio.

«¡Mm-hmm!».

Seolrang, sonriendo alegremente como si algo hubiera encajado.

Su cuerpo ahora estaba impregnado de magia dorada y brillaba con ojos radiantes y dorados.

«Oh, casi se me olvida mencionarlo, hermano: ya no tengo que tenerte miedo».

Y Seolgak se dio cuenta.

Ese poder...

«Gracias a ti, lo he conseguido».

Un poder que superaba incluso al linaje real, que se creía perdido en este mundo.

La habilidad divina conocida como...



«Deificación del Trueno».

«Muere».

El puño de Seolrang golpeó con un relámpago blanco cegador.